

Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.—Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza;” y asiéndole por el brazo le forzó á que junto á él se sentase. No entendían los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones: “¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de *dorados!* y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la

honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.” Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: “Para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear.” Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiéndolo



que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo: "De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémole dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.—Que me place," respondió el mozo; y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar diciendo desta manera:

## ANTONIO.

"Yo sé, Olalla, que me adoras,  
puesto que no me lo has dicho  
ni aun con los ojos siquiera,  
mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,  
en que me quieres me afirmo,  
que nunca fué desdichado  
amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,  
Olalla, me has dado indicio  
que tienes de bronce el alma,  
y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches  
y honestísimos desvíos  
tal vez la esperanza muestra  
la orilla de su vestido.

Abalanzase al señuelo  
mi fe, que nunca ha podido  
ni menguar por no llamado,  
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,  
de la que tienes colijo  
que el fin de mis esperanzas  
ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte  
de hacer un pecho benigno,  
algunos de los que he hecho  
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,  
mas de una vez habrás visto  
que me he vestido en los lunes  
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala  
andan un mismo camino,  
en todo tiempo á tus ojos  
quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,  
ni las músicas te pinto  
que has escuchado á deshoras  
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas  
que de tu belleza he dicho,  
que, aunque verdaderas, hacen  
ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,  
yo alabándote, me dijo:  
"Tal piensa que adora un ángel,  
y viene á adorar á un ximio:

Merced á los muchos dijés  
y á los cabellos postizos,  
y á hipócritas hermosuras  
que engañan al amor mismo."

Desmentila, y enojóse;  
volvió por ella su primo;  
desafióme, y ya sabes  
lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á monton,  
ni te pretendo y te sirvo  
por lo de barraganía,  
que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,  
que son lazadas de sirgo;  
pon tu cuello en la gamella,  
verás cómo pongo el mio.

Donde no, desde aquí juro  
por el Santo mas bendito  
de no salir destas sierras  
sino para capuchino."